A la vivísima facultad de observación correspondía, como casi siempre ocurre, el ingenio. Había un escritor en germen en mí pobre Furio. Lo inferí, desde que era niño, por la facilidad, por la propiedad y por el colorido admirable de su lenguaje, cualidades que fueron luego desenvolviéndose con los años, hasta llegar á tener verdadera elocuencia en la discusión, y en el arte rapidísimo con que contaba y describía conversando. En el examen último de las escuelas elementales obtuvo la primera medalla asignada por el Municipio á la mejor composición. Siendo jovencillo mandó á un periódico de Milán dos cuentecitos históricos, de asunto romano, que se publicaron y fueron alabados. Hace dos años, en el curso de letras de la Universidad, leyó tres sonetos que el auditorio aplaudió y el profesor Graf encomió con calor. Otras cosas publicó en distintos sitios, sin su nombre, no buscando jamás mi ayuda por un vivo sentimiento de delicadeza que ahora me arrepiento amargamente de no haber prevenido ó sabido vencer. Lo que más me agradaba en las manifestaciones de su ingenio era la falta absoluta del sello paterno, indicio de facultades completamente

diversas de aquellas que, si bien modestísimas, hubieran podido más fácilmente ejercer un influjo sobre las suyas. Tenía un exquisito sentimiento de la forma poética, un desprecio instintivo de los lugares comunes, de la rima vulgar, del metro demasiado fácil; buscaba con amorosa paciencia la elegancia de la armonía, la frase llena de ideas, los relieves acusados y finos de sintaxis y todas las bellezas que el ojo de los incultos no descubre, anteponiendo á toda otra forma el soneto, en el cual estudiaba una marcha nueva, siendo pocos los modelos que le dejaban satisfecho por completo. Existían en sus versos varios reflejos de los poetas novísimos, por los que él sentía predilección; y juntamente, muchas promesas también de originalidad futura, en armonía con la singularidad amable y altanera de su espíritu, devoto y rebelde al mismo tiempo á los maestros, conciliando las admiraciones en apariencia más contradictorias; abierto, mas no sin cautela, á toda nueva idea, é incierto todavía en la elección entre los cien caminos que veía delante de él, se asomaba á todos con curiosa impaciencia. Si hubiera vivido, hubiese llegado á ser un poeta lírico. ¡Con

qué calor, con qué variedad y propiedad de inflexiones decía las poesías! ¡Cuántos versos he aprendido yo á decirlos bien después de repetirlos hacía treinta años con una modulación de voz que no era precisamente la que pedía el sentimiento y la razón! ¿Y cómo se explica que con esta índole de ingenio, no quisiera estudiar letras y eligiera la medicina? Tratamos de apartarle de este propósito; mas él nos afirmó que había meditado despacio la elección, enseñándonos libros que hacía tiempo se había comprado y había leído ya con pasión; y más tarde, nos declaró que su intento era ser médico de niños. ¡Qué buen médico hubiera llegado á ser y cuánto bien hubiera hecho en este terreno el que amaba á los niños con un afecto tan profundo y tan noble!

*

Era cosa digna de notarse en él que la pasión fuerte por las letras no quitaba que tuviera un vivo amor por la ciencia. Desde muchacho demostró una singular propensión á la física. Ya antes de comenzar este estudio en las escuelas, con los aguinaldos, se compraba pequeños instrumentos higro-

métricos y eléctricos; y de la máquina de vapor, del teléfono, del fonógrafo y de otras recientes invenciones mecánicas, conocía el secreto y el uso por lecturas que él había hecho espontáneamente. Cuando sobre alguna ley física ó aparato industrial ocurría en casa alguna explicación, acudíamos á él. En las Exposiciones, apenas entrabamos, antes que las bellas artes, buscaba las galerías de máquinas y del trabajo, y allí parecía estar en su terreno, era siempre él quien nos guiaba, como si anteriormente las hubiera visitado. Cuando respecto á la oportunidad de aplicar al uso público ó privado algún invento novísimo, oía expresar alguna duda ó juicio contrario al suyo, saltaba y se acaloraba sosteniéndola como cosa propia. En la Universidad estudió con verdadera pasión la química, la fisiología y la patología, é hizo en estas materias exámenes notables. ¡Qué valiente y buen muchacho! Pero tenía un amor propio tan vivo, una fibra tan excitable, que aun yendo á hacer el examen de materias en que se había preparado con prolongados estudios, se afanaba, se agitaba como el que fuera á correr un grave riesgo. Frente á los examinadores, por lo demás,

reconquistaba de pronto toda su hermosa lucidez de inteligencia y de palabra. Yo le esperaba delante de la Universidad, paseando, tembloroso. ¡Qué momento más feliz cuando le veía salir con el rostro radiante, que me decía desde lejos su buen éxito, antes que su boca sonriente me dijera la buena nota! Y entonces, cogidos del brazo como dos amigos, nos íbamos á casa, gozando por anticipado la alegría de la madre que nos esperaba; y su más querida compensación era hacerme hablar del viaje que haríamos en el verano, de su pequeño Rinaldo, á quien vería dentro de pocos días, de los libros tan deseados hacía tiempo y que leería en el campo. ¡Qué hermosas noches de fiesta eran aquellas en nuestra casa! A la mesa, salían de su boca los versos, los chistes, las anecdotas; entremezclaba en la conversación imitaciones joviales y graciosas del gesto y del acento de personas conocidas; se lanzaba con la mente apasionada, libre de todo cuidado, en mil fantasías de viajes remotos, de nuevas formas de arte, de transformaciones maravillosas que habría de operar la ciencia en la vida social; y hablaba con tanto brío, con un sentimiento de la vida tan

lleno, jovial y agradable, que alguna vez su madre y yo nos veíamos obligados á levantarnos para besarle en la frente... ¡Y lo hemos perdido!...

*

A tanta vivacidad de sentimiento y de fantasía unía una cualidad que rara vez va unida con ella: un amor al orden en todo, que no se puede pedir más.—Todas sus cosas las disponía en orden simétrico, siempre en el mismo sitio, con la precisión más rigurosa; sus cajoncillos eran como vitrinas, su cuarto como un espejo. Los libros, sobre todo, eran para él como objetos sagrados: los forraba, les quitaba el polvo, los acariciaba; aun los que usaba con mayor frecuencia, parecía que acababan de llegar entonces de la librería. ¡Oh, querido Furio mío! Aun ahora, muchas veces, se me presenta al pensamiento con un libro entre las manos en el momento de limpiarlo y examinarlo por todas partes. Veo todavía, cuando le pedía algún libro para buscar alguna palabra ó una fecha, la bondadosa sonrisa con que me contestaba:—¡Enseguida!—pero después de un momento, la vacilación, y la desconfianza mal disimu-

lada con la cual no me quitaba la vista de encima, mientras paseaba por la habitación, temiendo que yo volviera las hojas de mala manera ó estropease la pasta. En este último año se había prendado de los libros ilustrados de Doré, que compraba por entregas; y por la noche, con gran respeto, teniéndonos un poco á distancia, nos los enseñaba, prorrumpiendo en exclamaciones apasionadas sobre los dibujos más dramáticos, ó en risa cordial sobre las caricaturas más cómicas; pocos días antes de dejarnos, nos enseñó de esta manera el Ariosto. ¡Oh, libros queridos, sobre los cuales inclinó su frente tantas horas, tantas veces acariciados por sus manos y por su aliento; libros queridos que habéis alegrado su corazón, provocado su llanto, recreado su espíritu de las fatigas de los estudios severos, y poblado su mente de imágenes bellas y concurrido á formar su alma noble y buena, os custodiaré con tanto respeto mientras yo viva, que no osaré besaros siquiera por temor de que os quede rastro de mis labios! Mas ni tengo ánimo siquiera para miraros, porque cada uno de vosotros me repite la tremenda palabra. ¡De cuántas fuentes inesperadas brota el dolor! ¡Oh

hijo mío, hijo mío! Pocos días después de tu muerte, llevaron la última entrega del *Tratado de Anatomía,* al cual estabas suscrito: tu pobre madre la tomó sin mirarla; pero pronto se le cayó de las manos, rompiendo á llorar... Así cae todas las noches de nuestro corazón, para renacer todas las mañanas más pálida, la esperanza en la resignación!

*

Crece nuestro dolor, se hace más amargo, lejos de aquietarse poco á poco; y nuestro corazón brota sangre por tantas heridas cuantas son las imágenes diversas en que él se nos representa continuamente al pensamiento. No sólo lloramos al joven de veinte años. Lloramos al niño rubio, que nos sonreía desde la cuna con una suavísima sonrisa, cerrando los ojos como por gracia, con una expresión casi de amoroso juego, que nos hacía reir y llorar al mismo tiempo: tan hermoso cuando dormía, la noche que se lo enseñamos á Carlos Piaggia, que acababa de llegar del África, el cual le dió un beso en la cabeza que nos pareció una bendición. Lloramos al niñito rubio que se lanzaba á dar los primeros pasos y

balbuceaba las primeras palabras, alteradas y mancas, que nosotros recogíamos como perlas, y que ahora reaparecen todas á la mente y nos traspasan el alma, como voces infantiles que salieran de su tumba. Lloramos al estudiantillo querido, la «plantita» como le llamaba por la esbeltez graciosa de sus formas, que durante ocho años, cuatro veces al día, todos los días, acompañamos y fuimos á esperar á la escuela, y del cual ni una palabra escrita, ni una frase de lección aprendida de memoria se escapó á nuestra atención, ni el más pequeño contratiempo dejamos sin consuelo, ni el más leve gemido, que oyéramos en la noche, dejó de causarnos sobresalto. Lloramos al adolescente robusto y florido, en el cual veíamos cada día con más alegría surgir una fuerza, abrirse una idea, florecer una noble admiración, diseñarse un rasgo firme y noble del hombre futuro, abierto, leal, desinteresado, descuidado totalmente de la condición de fortuna que lo libraba de todo pensamiento inquieto sobre el porvenir, serenísimo y seguro de sí como quien está cierto de que los mayores goces de la vida los sacará de la propia inteligencia y del propio corazón. En todas estas formas

nos pasa por delante con los juguetes que recordamos, con los vestidos que reconocemos, con los libros que tuvo en sus diversas edades; y cada imagen suya nos envía un adiós, y todas, una tras otra, las vemos encaminarse allá donde esperábamos precederlo en tantos años, y donde él al contrario nos precedió, pobre hijo: mas es de esperar que no por mucho tiempo!

*

Y también la ciudad, la hermosa y gran ciudad, que él amó tanto, triste ahora á nuestros ojos como si toda ella estuviera enlutada, está llena de su imagen querida y dolorosa. Por todas las plazas, bajo los pórticos, en los rincones, en el fondo de todas las calles, cerca y lejos, le vemos; por todas partes, ¡ay de mí! por todas partes, excepto á nuestro lado. Nos precede, nos sigue, atraviesa nuestro camino, nos espía detrás de los troncos de los árboles y de las columnas, desaparece entre la multitud y se nos presenta delante de continuo, como para invitarnos á unirnos á él, sin dejarse alcanzar jamás. Á cada paso un recuerdo, á cada recuerdo una angustia. Aquí está la iglesia donde fué bautizado, allí el fotó-

grafo que le hizo el primer retrato, más allá el librero á quien compraba las comedias antiguas; un poco más allá la esquina donde un día nos encontramos cara á cara, con alegre sorpresa, como dos amigos que se encuentran en una ciudad extranjera: la fachada de cada teatro nos pone delante la sombra de su hermoso rostro, atento, conmovido y sonriente. ¿Y de qué sirve ir á buscar consuelo á casa de los amigos más fieles? Iba con nosotros á casa de todos ellos; y no hay hogar en el que yo no vuelva á ver un rincón, una silla, cualquier objeto conocido por él, que no me pregunte:—«¿Por qué no le has traído?»—¿Refugiarse en otra ciudad? Nos sería demasiado amargo en ella el alejamiento de los mil lugares, de las mil cosas que ahora, recordándonoslo, nos hacen sufrir más. ¿Viajar, ir en busca de distracciones, presenciando espectáculos artísticos ó de la naturaleza, no vistos todavía por nosotros? Más nos perseguiría el pensamiento de que sería feliz á nuestro lado, y nos falta; que el más querido compañero de viaje de otros tiempos, está inmóvil y ciego para siempre. ¡Ah! á cualquier parte donde huya nuestra mente amedrentada, el dolor se pone delante en nues-

tro camino, firme é implacable, en actitud de decirnos que con él no hay escape, que somos cosa suya en el presente y en el porvenir, y que nada tenemos que esperar como no sea la muerte. Y aquí estaremos, hijo mío, aquí, en la ciudad en que naciste y donde te perdimos, respirando el aire que tú respiraste, mirando á los Alpes, á los cuales se levantaba tu dulce mirada cuando meditabas tus dulces versos; aquí, pegados á lo que de tí queda entre aquellas cuatro paredes, donde están ya señaladas las dos piedras sobre las cuales dormirán á tu lado tu padre y tu madre.

*

¡Cuántos, cuántos dolores encierra este inmenso dolor! Hago ahora un gigantesco y continuo esfuerzo de pensamiento para apoderarme de la expresión natural y acostumbrada de su semblante; y no lo consigo. ¿Por qué? Casi siempre le vuelvo á ver con el rostro grave y triste de las rarísimas veces que era ese el estado de su ánimo. Pensando, tomo entre mis manos su querida cabeza, la tengo aferrada delante, le digo suplicando:—«Furio, muéstrame tus ojos

serenos y tu sonrisa dulce de los días felices.»—Y no lo consigo, me sonríe complaciente, pero con sonrisa forzada y breve, como cuando le rogaba que sonriera y sonreía para tranquilizarme. ¿Por qué? Y los retratos no me sirven. Aquí están, todos delante de mí, ordenados, desde el de niño lleno de estupor, hasta el de estudiante altanero y pensativo; y se ofuscan uno después de otro á mis ojos inundados de lágrimas, como si aún su imagen muriese entre mis manos. Son sus lineamientos; pero no es su rostro, porque éste está inmóvil, y el suyo vivía, se extremecía todo; la mirada es la que él dirigía á las cosas, no la que tantas veces fijaba en nosotros, llena de afecto, como si nos diera gracias de haberle dado la vida. ¡Ah! aquella mirada, aquella sonrisa, en la cual estaba todo nuestro Furio, ningún arte la podrá coger y guardar; aquéllas se han desvanecido para siempre con su persona; no existen sino en nuestra memoria, donde, sin embargo, no aparecen más que como relámpagos, y nunca cuando con mayor ardiente deseo las buscamos: así como el sonido de su voz amada, el cual no lo sentimos con distinción en el alma, sino de cuando en

cuando, como traído por el viento, pareciendo que se extingue lentamente en el infinito. ¡Oh! qué lejos estás ya, hijo mío: un hijo que yo haya tenido en otra existencia me pareces, y en otro mundo; en un mundo remoto, espléndido, feliz, de donde me hayan precipitado, herido por un rayo en la cabeza, recorriendo en un instante todo el espacio que separa dos astros. Con su último aliento ha comenzado mi muerte. Y este es el único consuelo que me queda. Pero también amargado cruelmente; porque el tiempo que me empuja hacia tí muerto, me aleja de los días en que estabas vivo; y cada día me parece que pierdo algo de ti, cada día me parece que se extiende un velo más sobre tu semblante, y que se va apagando el sonido de tu voz, como si creciera con el tiempo el espacio desolado que separa tu sepulcro de tu casa.

*

Sólo en el sueño la imagen invocada se me acerca, y no en el aspecto triste en que la veo despierto. ¿Por qué? No se me presentó las primeras noches porque me impedía soñar el cansancio mortal; mas luego

la vi, toda mi vida me acordaré de aquel sueño, en el cual no podré jamás parar el pensamiento sin que se me revuelva la sangre y se velen los ojos. Y sin embargo, fué una visión celestial. Vivo surgió ante mí en medio de mucha gente, en casa, de noche, pero iluminado por una luz viva que sólo le envolvía á él; y no sé quién lo sostendría por los brazos; pero tenía sonrosada la cara; solamente algo más afilada, como un convaleciente; pero hermoso, dulce, luminoso, cual no lo vi en vida jamás; y cuando lanzando un grito de gozo me arrojé á abrazarlo, y le dije en tono de dulce reconvención:—«Oh, Furio, Furio mío, ¿por qué has estado tantos días lejos? él me miró con una sonrisa de ternura infinita, cerrando los ojos como hacía de niño, y volviendo un poco la cabeza hacia un lado con gracia infantil, como desentendiéndose de contestar. ¡Oh! cómo le abracé y le cubrí de besos, y qué bien sentí entre mis manos la forma de su cabeza y de su cuello, y bebí el olor de sus cabellos y el calor de su aliento! El despertar fué desesperado; mas á pesar de todo, deseé soñarlo todavía más. Y después de aquella noche, le vuelvo á ver todas. Antes ó después, en

medio de los sueños más disparatados, él se me aparece siempre vivo, siempre con aquel traje que llevaba los últimos días, y viene yo no sé de dónde, y dice palabras que no entiendo, y hace cosas que luego olvido; mas siempre tan patente en su figura, tan clara y tan palpable para la vista, que me produce siempre la ilusión divina de que puedo volver á comenzar la vida con él, y que su muerte no haya sido más que un sueño horrible, que todo lo que ocurrió, lo cual recuerdo soñando también, se tenga milagrosamente por no ocurrido. Y me parece dirigirme hacia él, por la noche, cuando cojo la luz para irme á dormir.—¡Esta noche veré á mi hijo!—pienso, y mi último pensamiento, confundido ya casi con el sueño, sobre aquella almohada en donde no tendré ya nunca un alegre despertar, es para él:—Ven, Furio, te espero.

*

Nos queda su cuarto, y se lo conservamos tal como estaba al morir; con el lecho ante el cual hemos caído de rodillas, sobre cuya cabecera hemos sofocado nuestros sollozos, besando en las almohadas el hueco

de su cabeza; con sus vestidos, que hemos bañado con nuestras lágrimas y cubierto de besos desesperados; con sus libros, que ninguna otra mano volverá á tocar; con los retratos y las cartas de sus escritores predilectos, dispuestos en el orden en que los dejó; y allí hemos puesto su cuna y sus juguetes antiguos. No lo dudes, hijo mío: por la noche todavía paso yo por delante de tu cuarto de puntillas, como hacía antes para no despertarte, y al pasar, te envío un beso con la mano; de noche, siempre que me despierto, corro con el pensamiento entre aquellas paredes, como si allí estuvieras tú siempre; por la mañana te veo aún asomarte á la puerta y decirme: — ¡Buenos días, padre! como decías antes, y veo todavía que pasa sobre tu espejo tu imagen, como cuando te vestías para salir; y con frecuencia apoyo la cabeza contra la puerta cerrada, invocándote como un mendigo, y allí aprieto mi mejilla como la apreté contra tu féretro, y como la apretaba contra la tuya cuando estaba floreciente de vida. ¡Oh! aquel cuarto donde dormiste diez años, querido hijo, donde tantas veces te has despertado saludando con alegría al sol y á la vida, donde tanto has estudiado,

pensado, velado, y que ahora es para nosotros un templo y un sepulcro, lo conservaremos intacto, como ahora se encuentra, y mientras exista nuestra casa; te pondremos allí flores; allí iremos á arrodillarnos siempre que el dolor nos oprima con más fuerza, en los días de tu cumpleaños y de tu muerte, y en el onomástico de tu madre y en el cumpleaños mío, que solíamos festejar juntos; y los últimos pasos que demos antes de tendernos en el lecho para no levantarnos más, los daremos allí, allí iremos todavía una vez á repetirte que ningún remordimiento, ninguna pena debe turbar tu espíritu; que siempre fuiste bueno, que siempre nos proporcionaste alegrías, y que el inmenso dolor en que hemos caído al marcharte tú, lo aceptamos bajando la frente, como una expiación, quejándonos sólo de una cosa: de no haber podido sufrir, no haber podido llorar, no haber podido expiar más.

*

¡Expiar, sí, porque tenemos remordimientos! ¿De qué sirve que si se interroga á la razón, nos defienda y nos absuelva? El corazón siente aquellos remordimientos,

y los quiere. ¡Qué terrible examen de conciencia es aquel que se hace sobre la tumba de los propios hijos! Remordimientos, sí, y que se remontan hasta su primera edad, no obstante el amor entrañable y los cuidados extremados que con él tuvimos: remordimiento por las muchas horas en que, absortos en el trabajo ó en placeres ó en dolores que no procedían de él, apartamos de él nuestro pensamiento; remordimiento por las distracciones, por las indiferencias pasajeras, por los actos de impaciencia, por las palabras ásperas, por las censuras precipitadas, por los gustos negados, aun cuando fuera por su bien, como así lo creíamos; remordimiento por no haberle sabido inspirar todavía mayor confianza en nosotros, mayor familiaridad que aquella más fraternal que filial que siempre procuramos inspirarle. ¡Ah! todas las lágrimas que con pena nuestra le hicimos verter, caen gota á gota ahora como lágrimas de plomo fundido sobre el corazón. Y no intentamos defendernos; antes bien, con la misma insistencia infatigable con que buscamos en nuestra memoria todas las manifestaciones de su bondad y todos los goces que él nos produjo, vamos ahora buscando

también nuestros errores y nuestras injusticias, y de cada recuerdo hacemos un arma contra nosotros para torturar nuestra alma. ¡Oh padres, oh madres, á quienes no ha tocado sufrir la tremenda prueba, buenos, pero rígidos, que queréis mucho á vuestros hijos, mas también mucho á vosotros mismos, observad que toda dureza, todo regaño inmerecido, todo acto de egoísmo, todo descuido, aun el menos culpable, cuando la gran desventura cae sobre nosotros, se descuenta con angustias que corroen el corazón y hacen surcos en la frente! Tristes palabras que habíamos olvidado hacía años, vuelven á aparecérsenos en el pensamiento escritas con caracteres de fuego y de sangre, y quisiéramos arrancarnos la lengua que las pronunció; lamentos y sollozos infantiles, de los cuales se había perdido el eco en nuestra alma, tornan á resonar y traspasar el pecho y el cerebro; y se quisiera cortar la mano que alguna vez se levantó en actitud de amenazar brutalmente, y deshacer contra la piedra mortuoria aquella cabeza que se volvió á otro lado, llena de pensamientos de ambición y de orgullo, mientras el corazón del hijo sufría tristezas ignoradas, que no

osaban pedir, pero que esperaban consuelo.

*

Expiaremos, sí. Los días sólo suceden á los días, y no traen ningún alivio al dolor, ningún reflejo del alba en el horizonte negro de nuestra vida. Oprimidos por la tristeza en las jornadas lúgubres como aquella en que le perdimos; oprimidos cuando el sol, que ya no le calentará más, resplandece, tristes en el trabajo como en la inercia, en la compañía como en la soledad. Ni siquiera el consuelo del trabajo nos queda, porque la mente, saliendo de los pensamientos en que se ha encerrado por algún tiempo, recurre, como si se despertara, á la familia antigua, y el desengaño imprevisto la aterra. Ni siquiera el consuelo del trabajo. Mirando al porvenir, como á un mar lúgubre, vemos en la última lontananza las ondas del dolor que vendrán una después de otra á chocar con nosotros y á sumergirnos cada vez más, después que con un gran esfuerzo hayamos conseguido levantarnos un poco. Podremos tener momentos de olvido, jamás de paz; y á cada pensamiento que no sea dirigido á él, á cada sonrisa, á cada

breve esperanza de vida serena, seguirá un arrepentimiento, un acerbo reproche de la conciencia como si cometiera un abandono cruel. Y ya ahora, por cada minuto de tregua que la melancolía nos otorga, brota el llanto con más violencia del pecho, como un grito en vano comprimido, y todo lo que nos rodea se pone más tétrico que antes. Cualquiera fortuna que pueda descender sobre nuestra casa, no nos parecerá más que una burla del destino. El mismo afecto profundo que nos une al hijo que vive, también tan bueno y de tan raro ingenio y elevado y fuerte de ánimo, no nos podrá dar más que compensaciones mezcladas de grande amargura; porque por cada bien y satisfacción suya, por cada razón que él tenga para amar la vida, surgirá para nosotros más dolorosa la imagen del otro para decirnos que para él ya no hay nada. El único refugio de nuestro dolor es el dolor mismo: hablar de él, hablar de él siempre como si estuviera vivo, resucitar los recuerdos suyos con infinitas particularidades, dirigirle la conversación, llorar su memoria y llevar flores á su sepulcro, hacer del pesar que lacera nuestra alma una fuerza que la ennoblezca y nos embellezca

la muerte; y esperar—si se puede—que sobre el misterio inmenso que nos rodea exista verdaderamente una piedad infinita, la predestinación de todos á un bien supremo é inmutable, para el cual sea necesario que todos sufran, y que algunos sufran más que todos!

*

Y tú, hijo adorado, perdóname, si no conviene á tu modestia que yo haya tenido un desahogo á mi dolor fuera de tu casa y que haya creído honrar tu memoria, publicando cuán distinguido era tu ingenio, honradas tus costumbres, franca y generosa tu alma, y el afecto insuperable que te teníamos y la tristeza infinita en que nos has dejado.

Y ahora y siempre seas bendito.

Y sed benditos también vosotros, antiguos amigos, que lo conocísteis y lo amásteis, benditos por las caricias que hicísteis al niño, por las alabanzas que tributásteis al joven, y por las coronas que pusísteis al muerto, y por haber acudido los primeros al saber la funestísima noticia á estrecharnos contra vuestro pecho y á sollozar con nosotros.

Y benditos vosotros, nobles jóvenes, compañeros de estudios, que llorásteis sobre su cadáver, que quisísteis llevarlo con vuestros brazos, acompañarle y darle el último adiós en nombre de vuestra gran familia, en la cual tuvo él amistades queridas, horas placenteras y estímulos de noble emulación y de alegría de las comunes esperanzas.

Y vosotros, obreros desconocidos, jóvenes y mujeres del pueblo, que desfilando por delante de su ataúd, tuvísteis una lágrima para la flor caída, un suspiro de piedad para la madre infelicísima, una palabra de compasión para el padre sin consuelo, sed también vosotros todos benditos.

Y gracias de todo corazón también á todos vosotros, almas corteses, amigos y desconocidos, que de todas partes de mi patria y de países remotos para consolarnos nos enviásteis una palabra de afecto, referencias de desventuras vuestras, exhortaciones á una resignación que es imposible para nosotros; gracias de todo corazón también por esto: porque mientras íbamos á maldecir del mundo y de la vida, nos detuvísteis en los labios las maldiciones, mostrándonos que existe, sin embar-

go, en el mundo tanta bondad, tanto sentimiento de las miserias fraternales, tanta nobleza de dolor y de conmiseración.

Amigos y desconocidos, las cintas de vuestras coronas están en su cuarto, vuestras cartas sobre su féretro, vuestros nombres en nuestro corazón. ¡Que dure vuestra piedad tanto como nuestra gratitud, es la única cosa que pedimos aún al mundo, los padres de Furio!

ESCRITORES ITALIANOS VIVOS

BOCETOS Y FOTOGRAFÍAS